CARMEN RAMOS ESCANDÓN
compiladora

GÉNERO E HISTORIA:
LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA MUJER

otend
libro y
todos los 2017.

Instituto
Mora

Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora

Hira de Gortari Rabiela
Director General

Hugo Vargas Comsille
Coordinador de Publicaciones

Consejo Editorial
Nicole Giron, Hira de Gortari,
Carlos Marichal y Jan Patula

Portada
Yolanda Pérez y Gabriela Sánchez

Primera edición, 1992
Instituto Mora/UAM
© Derechos reservados
conforme a la ley, 1992

Primera reimpresión, 1997

Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora
Plaza Valentín Gómez Farías 12,
San Juan Mixcoac,
México, 03730, D.F.

ISBN 968-6382-64-x

Impreso en México
Printed in Mexico

ÍNDICE

1 La nueva historia, el feminismo y la mujer
Carmen Ramos Escandón 7 - 37

2 El problema de la invisibilidad
Joan Wallach Scott 38 - 65

3 Haciendo historia: las mujeres en Francia
Michelle Perrot 66 - 85

4 Política, identificación y escritos
sobre la historia de la mujer
Selma Leydesdorff 86 - 98

5 Fuentes orales para la historia de las mujeres
Sylvie Van De Casteele y Danielle Voleman 99 - 109

6 Qué hay de nuevo en la historia de las mujeres
Linda Gordon 110 - 122

7 La relación social entre los sexos; implicaciones
metodológicas de la historia de las mujeres
Joan Kelly Gadol 123 - 141

EL PROBLEMA DE LA INVISIBILIDAD*

JOAN WALLACH SCOTT

Desde comienzos de los años setenta y con el resurgimiento de movimientos políticos a favor de los derechos de la mujer, la atención nacional e internacional se ha enfocado hacia las mujeres. La declaración de la Década de la Mujer por parte de Naciones Unidas no sólo provocó declaraciones de los representantes de gobiernos y de dirigentes feministas acerca de la importancia de las mujeres en todos los aspectos de la vida social, sino que también reforzó la lucha por parte de ciertos grupos por lograr una mejoría respecto a la educación, situación económica, posición social y participación política de la mujer. Como resultado, las discusiones de mujeres y acerca de mujeres desempeñan un papel importante en el debate político contemporáneo. De hecho, lo que en el siglo XIX fue calificado como "la cuestión femenina" se ha convertido en un asunto importante y central. Sería difícil imaginar una historia escrita en esta época que no incluyera una mención al surgimiento de las mujeres como agentes del cambio histórico y como objeto de consideraciones políticas.

Sin embargo, los historiadores que buscan en el pasado testimonios acerca de las mujeres han tropezado una y otra vez con el fenómeno de la invisibilidad de la mujer. Las investigaciones recientes han mostrado, no el que las mujeres fuesen inactivas o estuviesen ausentes

* Título original: "The problem of invisibility", en Jay Kleinberg (comp.), *Retrieving women's history*, UNESCO/Berg, París, 1989, pp. 5-29. Traducción: Juan José Utrilla.

en los acontecimientos históricos, sino que fueron sistemáticamente omitidas de los registros oficiales. Al hacer una evaluación acerca de lo que es esencial, de lo más sobresaliente del pasado para nuestro presente, rara vez se menciona a las mujeres como individuos o como grupo definible. La historia del desarrollo de la sociedad humana ha sido narrada casi siempre por hombres, y la identificación de los hombres con la "humanidad" ha dado por resultado, casi siempre, la desaparición de las mujeres de los registros del pasado. En cierto modo, éste es el más preocupante y difícil de los descubrimientos realizados por los investigadores de la historia de la mujer en años recientes; pues si rechazamos la noción de una deliberada misoginia o de una conspiración de los hombres para privar a las mujeres de su valor social, ¿cómo podemos explicar el hecho de que pese a que las mujeres coexistieran con los hombres, éstas fueran olvidadas o desdeñadas, "ocultadas a la historia" según la frase de Sheila Rowbotham? Y, ¿qué podemos hacer para asegurarnos de que los esfuerzos de hoy no desaparezcan –de igual forma– de los libros de historia que leerán nuestros hijos y nuestros nietos?

Las respuestas a estas preguntas deben ir ligadas a los análisis de la historia misma, y al entendimiento de la relación de las historias oficiales con la política de cualquier época. Además, debemos comprender cómo la diferencia de sexo (el entendimiento del significado de las diferencias entre hombres y mujeres) ha afectado la política y la escritura de la historia. Ésta es una gran tarea y para los fines de este artículo, equivale a poner el carro delante del caballo, ya que conduce hacia el punto final de un movimiento complejo e interesante entre los historiadores: el intento de conceptualizar y de escribir una historia de las mujeres. No obstante, vale la pena mencionarlo, pues de un modo u otro, el problema de la invisibilidad ocupa un lugar central en la historia de las mujeres escrita durante los últimos quince años.

En este capítulo trataré de esbozar las más importantes líneas desarrolladas en el campo de la historia de la mujer. Me enfocaré, principalmente, hacia Europa occidental y Norteamérica desde el siglo XVIII hasta la actualidad, pues éste es mi propio campo de especialización. No pretendo reseñar todos los descubrimientos importantes dentro de una literatura caracterizada por su diversidad y riqueza, ya que esto ya ha sido realizado, tanto por mi misma como por otras investigadoras, y estos ensayos se encuentran ya publicados.[1] Mi objetivo es inves-

[1] Véase, por ejemplo, mi artículo y el de Olwen Hufton en *Past and Present*, núm.

tigar cómo se desarrolló el campo, su descubrimiento de fuentes, su desarrollo de métodos y su formulación de categorías analíticas, sus exploraciones teóricas y sus intentos por consignar el problema cada vez más complejo de la invisibilidad. Este problema se encuentra en el meollo de los enfoques teóricos y metodológicos que han surgido en los pasados diez o quince años.

LA GENERACIÓN Y DIFUSIÓN DE LA HISTORIA DE LA MUJER: LAS INSTITUCIONES

El estudio de la historia de la mujer se originó en los medios académicos norteamericanos mucho antes y con mayor éxito que en otras partes. (Las causas de esto no han sido aún plenamente estudiadas. No hay duda de que el movimiento por los derechos civiles en los sesenta hizo surgir demandas de igualdad para las mujeres, así como el movimiento en contra de la esclavitud de los decenios de 1840 y 1850 desencadenó también demandas sobre los derechos de la mujer. Sin embargo, el movimiento de las mujeres también se desarrolló bajo estímulos oficiales, ya que el gobierno norteamericano buscó maneras de promover la acción "afirmativa" [*Affirmative Action:* programa que se encarga de apoyar a grupos minoritarios y a mujeres], favorecer el ingreso de las mujeres en diversas profesiones y organizar comités locales sobre el estatus de la mujer. Aún queda un importante trabajo por hacer: investigar las conexiones entre la experiencia norteamericana y la expansión económica, la política gubernamental, los movimientos por la justicia social, así como los feministas.) Al revisar los programas de estudio universitarios, las estudiantes feministas los consideraron un bastión del poder masculino, y exigieron que se incluyeran cursos que les permitiesen hacer frente a sus preocupaciones políticas del momento; cursos sobre las mujeres del pasado que ofrecieran ejemplos para las estudiantes –a esto se le llamó "historia de ellas" (*herstory*)–; pruebas de la afirmación de que las mujeres habían

101, 1983; los ensayos de Barbara Kanner en Martha Vicinus (comp.), *Suffer and be still*, Methuen, Londres, 1980 y *A widening sphere*, Indiana University Press, Bloomington, 1977 y su libro *Women of England from anglo-saxon times to the present*, Archon Books, Hamden, 1979; asimismo, la compilación hecha por Barbara Sicherman, William Monte, Joan Scott y Kathryn Sklar, *Recent United States scholarship on the history of women*, American Historical Association, Washington, 1981.

sido largo tiempo oprimidas, y documentos acerca de los movimientos políticos femeninos que pudiesen ofrecer ideas para las estrategias contemporáneas. Las demandas estudiantiles fueron bien recibidas por un pequeño número de historiadores –mujeres en su mayoría– que improvisaron compendios y cursos impartidos a menudo sobre la carga de trabajo regular. Muchas de estas historiadoras participaban también activamente en los congresos feministas de las asociaciones históricas profesionales, con objeto de aumentar el número y de elevar el estatus de las historiadoras.[2]

En Estados Unidos los cursos sobre este tema se desarrollaron en el contexto más general del movimiento de los "estudios de la mujer", con lo cual se intentaba rectificar la falta de atención a las mujeres en el programa escolar general. De hecho, en algunas universidades, más precisamente en las universidades estatales, pronto surgieron programas interdisciplinarios. En otras, no se estableció una estructura formal que relacionara los diversos cursos, pero quienes los impartieron se reunían para discutir los métodos, enfoques y fuentes empleados. En el aspecto local los programas de estudios de la mujer ofrecieron a los profesores, aislados por lo demás en sus departamentos, ciertas redes de intercambio intelectual y de apoyo político. La National Women's Studies Association ofreció un foro en el que se realizó un intenso debate acerca del futuro de la enseñanza y sus implicaciones en la política de las mujeres. Se fundaron varias revistas para publicar los nuevos estudios y promover el debate, entre ellas: *Signs*, *Feminist Studies* y *Women's Studies Quarterly*.

Los programas de estudios de la mujer como centros, a la vez, de movimientos políticos y de investigación académica, se encontraron ante un difícil problema de legitimidad académica. Debían demostrar su integridad académica a los colegas que dudaban de ellos: los que desaprobaban todo programa interdisciplinario y los que consideraban que la conexión explícita entre la política y la cultura era una violación al compromiso de la academia con la imparcialidad o la objetividad.[3]

[2] Para un relato importante de los nexos entre el movimiento por los derechos civiles de los sesenta y el movimiento feminista, véase Sarah Evans, *Personal politics: the roots of women's liberation in the civil rights movement and the new left*, Koff, Nueva York, 1978.

[3] En realidad, el nombre de "estudios de la mujer" fue un retraimiento, después del título más abiertamente político de "estudios feministas". El programa de la Universidad de Stanford, establecido en 1980, fue el primero que, en su nombre, se identificó como feminista.

Además se dio un debate entre las propias académicas sobre lo recomendable de situar los estudios en enclaves separados; era auténtico el peligro de guetización, pues podía dar por resultado la continuada marginalización de la mujer en la universidad y en el programa escolar. De hecho se desarrolló una especie de relación dialéctica. La existencia separada de los cursos de estudios de la mujer permitió enfocar intensamente a la mujer y favoreció una importante e innovadora investigación interdisciplinaria. Además, los programas cobraron una cierta notoriedad y, en algunas instituciones, la capacidad de establecer nexos con los departamentos tradicionales. Conforme se publicaron libros y tesis de alta calidad, fue ganando terreno la legitimidad del proyecto de los estudios de la mujer. Los fondos –tanto de la National Endowment for the Humanities como de fundaciones privadas (especialmente de la Fundación Ford)– durante los años setenta, elevaron la categoría de los estudios de la mujer en el medio académico y permitieron la creación de cerca de 35 institutos de investigación con base en varias universidades, hoy coordinados por el National Council for Research on Women.[4] El interés de los editores en promover la investigación de los estudios de la mujer, y la respuesta aparentemente positiva del "mercado" (mercado creado, en parte, por los cursos de estudios de la mujer) aumentaron la notoriedad y respetabilidad de este campo. De hecho, una forma de medir la creciente legitimidad académica puede ser la muy reciente aceptación de programas de estudios de la mujer por parte de las universidades privadas, especialmente las instituciones más prestigiosas como Yale, Princeton y, recientemente, Harvard. Otra indicación es la creciente aparición en los cursos universitarios tradicionales de material sobre mujeres, así como la incorporación –a programas de doctorado y de investigación docente– de temas sobre la mujer y el género.

Los investigadores de la historia de la mujer fueron alentados, de nuevo, por la decisión de la Conferencia de Mujeres Historiadoras de Berkshire,[5] de patrocinar anual o bienalmente conferencias importantes. Estas conferencias se convirtieron en el punto de reunión de

[4] El NCRW se encuentra en Nueva York encabezado, por Miriam Chamberlain, quien como funcionaria del programa de la Ford Foundation ayudó a canalizar fondos para los institutos de investigación en particular.

[5] La Conferencia de Berkshire fue fundada en 1929 por mujeres historiadoras que buscaban apoyo y cierta influencia en la American Historical Association, dominada por hombres. Fue un grupo puramente profesional, hasta su decisión, en 1973, de promover la investigación académica de la historia de las mujeres.

quienes trabajaban sobre temas similares y fueron el lugar en el que se intercambiaron ideas y se anunciaron los grandes avances conceptuales. Con una participación nacional e internacional, la Conferencia de Berkshire demuestra la fuerza y diversidad de los enfoques en la historia de la mujer. Es una de las bases institucionales sobre las que se han construido la notoriedad e influencia de este campo.

En conjunto, las influencias por parte de las instituciones han sido vitales para la historia de la mujer en Estados Unidos. Pese a las continuas interrogantes sobre si el tema es realmente serio y pese a la necesidad de prestar atención permanente al estatus de los cursos de historia de la mujer y a la participación de mujeres en reuniones de asociaciones profesionales, sería difícil negar la repercusión del nuevo campo. Los historiadores parece que han aprendido a prestar atención a la historia de las mujeres; se han familiarizado con algunas de sus mejores exponentes, si no con todos sus debates interpretativos internos. En comparación con la situación de la historia de la mujer en otros países de Europa occidental donde aún aparece de forma marginal a la producción histórica general, la historia de la mujer en Estados Unidos ha alcanzado cierto grado de reconocimiento, que debe ser atribuido –al menos en parte– al hecho de que este campo ha logrado establecer una base firme en la academia. Esta base ha sido de extrema importancia para la dimensión, calidad y éxito del movimiento. Un tema para discusiones comparativas debe ser el investigar hasta qué punto es exclusiva la experiencia norteamericana, o si sus elementos pueden ser adoptados en cualquier otro lugar. En países en donde las instituciones académicas no están bien financiadas ni ocupan un puesto central en la producción de información, ¿dónde debe ubicarse la historia de las mujeres? ¿Quién debe escribir y publicar la historia de las mujeres? Estas preguntas sobre la ubicación en instituciones y la difusión de información son tanto políticas como prácticas y deben ser resueltas por investigadoras feministas conforme lleven adelante sus investigaciones y sus escritos.

LAS FUENTES

No ha sido difícil para los historiadores de las mujeres el localizar fuentes de materiales informativos. Los tradicionales archivos y publicaciones demostraron ser ricos en materiales acerca de la mujer, una vez

iniciada la búsqueda. De hecho, la cuestión de la invisibilidad se relaciona, sobre todo, con los materiales de estas fuentes. Por ejemplo, los historiadores interesados en las grandes guerras y las revoluciones simplemente han regresado a los habituales archivos para descubrir descripciones valiosas y recabar información, pero nunca explícitamente para escribir acerca de las mujeres.[6] Las colecciones de documentos y cartas familiares han revelado información acerca de la organización de la vida y las relaciones familiares de mujeres. Los congresos sindicales y las publicaciones de partidos políticos contienen importante información sobre la participación y situación económica de las mujeres, y sobre la política y los debates de aquellas organizaciones sobre cuestiones relacionadas con las mujeres. Los documentos gubernamentales, desde los censos hasta los informes de investigadores sociales sobre la pobreza urbana, han mostrado grandes cantidades de información acerca de las experiencias económicas y políticas de la mujer. Obviamente no es la falta de información sobre la mujer, sino la idea de que tal información no tenía nada que ver con los intereses de la "historia", lo que condujo a la "invisibilidad" de las mujeres en los relatos del pasado.

El descubrimiento de fuentes informativas sobre la historia de la mujer fue estimulado por el desarrollo (paralelo durante los setenta) del campo de la historia social. Influida ésta de diversas formas por el desarrollo de métodos cuantitativos de análisis (en particular por refinamientos de la demografía histórica), el interés de la escuela francesa de los *Annales* en los detalles de la vida cotidiana, y los estudios por parte de los marxistas-humanistas ingleses (como E. P. Thompson, Eric Hobsbawm y Raymond Williams). La historia social insistió en la importancia de contar con la experiencia de diversos grupos de personas (campesinos, obreros, maestros, hombres de negocios, mujeres) como un punto de interés para la investigación histórica. La idea era calcular la repercusión de los procesos de cambio a gran escala (expansión demográfica, secularización, capitalismo industrial, desarrollo del Estado-nación) sobre las vidas de los miembros de la sociedad,

[6] Por ejemplo, hoy contamos con colecciones como la de Darlene Levy y Harriet Applewhite, *Women in revolutionary Paris 1789-1795*, University of Illinois Press, Urbana y Londres, 1979; artículos como el de Keith Thomas, "Women and the civil war sects", en T. Aston (comp.), *Crisis in Europe 1560-1660*, 1965; y libros como el de Richard Sites, *The women's liberation movement in Russia 1860-1917*, Princeton University Press, Princeton, 1979.

para comprender estos procesos de acuerdo con la diversidad de la experiencia humana. No sólo fue necesario considerar la organización política formal o la participación de la fuerza laboral, como lo habían hecho los historiadores tradicionales, al menos desde el siglo XIX, sino que se necesitó también información sobre la experiencia de la vida "privada", las relaciones de familia, las prácticas comunitarias informales y sus nexos. La historia social insistía en que la historia no sólo era un relato acerca de los estadistas, la diplomacia y la guerra (lo que Jane Austen había tildado como "las querellas de papas y reyes, con guerras y pestes en cada página; los hombres buenos para nada y las mujeres que casi no aparecen"). En cambio la historia cubriría un terreno más vasto, que habría de incluir todos los aspectos de la sociedad y de la organización social.

En el curso de este giro hacia los detalles de toda clase de experiencia humana y al tomar en consideración a la familia y a la comunidad, así como a la economía y a la política, inevitablemente se integró al panorama una rica información acerca de las mujeres.[7]

Además de las fuentes abiertas por la historia social, quienes buscaban información sobre las mujeres encontraron bibliotecas construidas por anteriores generaciones de feministas para albergar la "prueba" de la capacidad y las realizaciones de las mujeres. Estas bibliotecas, a menudo en forma de colecciones personales, contenían escritos publicados por mujeres y acerca de ellas, de todos los periodos históricos y países. Se encontraron periódicos dedicados a causas feministas, documentos privados escritos por activistas, cartas y diarios. Estas colecciones, que muy a menudo databan de los momentos de mayor actividad feminista en el pasado (los decenios de 1840 y 1850, y desde 1890 hasta los veinte en Estados Unidos; desde 1860 en la Gran Bretaña y desde 1880 hasta los treinta de este siglo en Francia), conforman un arsenal de armas intelectuales, reunido para llevar adelante la lucha por los derechos de las mujeres.[8] Quienes las compilaron comprendían el valor de la documentación histórica para la lucha política que habían enta-

[7] J. Austen, citado en Bonnie G. Smith, "The contribution of women to modern historiography", en *American Historical Review*, núm. 89, 1984, p. 721.

[8] Ejemplos de tales colecciones son: la Bibliothèque Marguerite Durand, los Archives Marie-Louise Bouglé en la Bibliothèque Historique de la Ville de Paris, y el Fonds Gabrielle Duchêne en la Universidad de París (Nanterre), la colección Arletta Jacobs-Gerritsen de la Universidad de Kansas, la colección Holden en la Universidad de Princeton y la Schlessinger Library en Radclife College.

blado, y estaban dispuestas a legar a la posteridad todo documento que pudiese ayudar a la causa. Es interesante que los materiales encontrados en estos archivos permanecieran casi olvidados durante muchos años, sin ser catalogados ni aprovechados.[9] Sólo en el marco de un renaciente movimiento feminista salió a la luz su contenido.

MÉTODOS Y TEORÍAS

A primera vista no parece que haya existido una metodología definible, asociada a la historia de las mujeres. Algunos historiadores se han valido de una narración política directa para contar la historia de los movimientos sufragistas; otros han adoptado una actitud más analítica intentando colocar tal historia en un contexto social más vasto, o la han utilizado para arrojar luz sobre aspectos inexplorados de la política. De manera similar, algunos biógrafos han escrito sobre las vidas de mujeres célebres y de otras no tan célebres, de la misma forma en que los historiadores tradicionales han escrito biografías. Los interesados en las actividades económicas han recabado datos sobre empleos, salarios y participación en los sindicatos; los interesados en la familia, como cualquier demógrafo, han compilado cifras de los registros civiles y de censos, midiendo los cambios ocurridos con el tiempo, en las dimensiones de las unidades domésticas.

Gran parte de esta obra ha permanecido dentro del marco interpretativo de esta aproximación, subrayando la causalidad de las cuestiones políticas inmediatas, las diferencias individuales sobre una vida, los efectos del capitalismo o el impacto determinante de la edad de matrimonio sobre las dimensiones de la familia. En la misma medida en que la historia de las mujeres se ha propuesto hacer visibles a las mujeres en los marcos históricos existentes, ha aportado nueva información pero no una metodología propia. En cierto sentido podría decirse que la tarea de hacer visibles a las mujeres sirve a un propósito compensatorio: insiste en que las mujeres fueron parte activa en el pasado, y aporta información para demostrarlo. Su efecto es complementar nuestro panorama tradicional e incluso –en algunas ocasiones– modificar éste. Por ejemplo, un historiador ha demostrado que el renacimiento no fue tal para las mujeres.[10] Otros han argüido que la tecnología no las emancipó ni en el trabajo ni en el hogar;[11] también se ha dicho que la "edad de las revoluciones democráticas" excluyó de la política a las mujeres;[12] y que el surgimiento de la "familia nuclear afectiva" limitó el desarrollo individual de la mujer.[13] Otro grupo de historiadores ha afirmado que los avances de la ciencia médica, aunque han prolongado la vida de las mujeres, también las ha privado de conocimiento, autonomía y de un sentido de comunidad femenina.[14] Margaret Rossiter ha demostrado con elocuencia que los grandes avances para las mujeres, en las carreras científicas, fueron acompañados de una mayor invisibilidad en las profesiones elegidas.[15] Estos descubrimientos favorecen la interpretación, pero no enfocan directamente ciertos problemas teóricos y metodológicos más fundamentales. Éstos han empezado a ser estudiados cuando los historiadores se han preguntado *por qué* y *cómo* las mujeres se vuelven invisibles para la historia cuando, de hecho, fueron actores sociales y políticos en el pasado.

La búsqueda de respuestas a estas preguntas ha dado por resultado una importante discusión sobre la utilidad del género como categoría de análisis. ¿Cómo podemos comprender las operaciones de las ideas acerca de la diferencia sexual (los diferentes significados atribuidos a lo masculino y lo femenino en las sociedades de antaño) en la sociedad y en la cultura? ¿Cómo se reproduce la división sexual del trabajo (los diferentes papeles atribuidos a mujeres y hombres)? ¿Cuál es la relación entre las ideas de diferencia sexual, organización social e ideologías políticas? Estas preguntas necesitan la elaboración de nuevas metodologías y nuevas perspectivas analíticas para los historiadores.

[9] Para conocer una historia interesante del "descubrimiento" del Fonds Marie Louise Bouglé, véase la introducción de Maîte Albistur al inventario de la colección que ella preparó.

[10] Joan Kelly-Gadol, "Did women have a renaissance?", en R. Bridenthal y C. Koonthz (comps.), *Becoming visible*, Houghton Mifflin, Boston, 1977.

[11] Véase mi resumen de este material en *Scientific American*, septiembre 1982.

[12] Véase por ejemplo Linda Kerber, *Women of the republic*, 1980, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980; Mary Beth Norton, *Liberty's daughters: the revolutionary experience of american women*, Little, Brown & Co., Boston, 1980; y Susan Miller Orkin, *Women in western political thought*, Princeton University Press, Princeton, 1979.

[13] B. Ehrenreich y D. English, *For her own good: 150 years of the experts' advice to women*, Anchor Press, Garden City, 1978.

[14] Véase: "Les femmes soignantes", *Penelope*, número especial, 1981.

[15] Margaret Rossiter, *Women scientists in America: struggles and strategies to 1940*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1982.

Algunos historiadores han recurrido a varias teorías como medio para desarrollar estas nuevas perspectivas. Las formulaciones teóricas que mayor influencia han adquirido parecen ser las aportadas por *a*) los marxistas; *b*) los escritos de Jacques Lacan y *c*) los escritos de Michel Foucault. Los investigadores marxistas se han centrado especialmente en la división sexual del trabajo y su relación con el desarrollo capitalista. Argumentando que la ideología de las esferas separadas (lo masculino como producción, como actividad pública en el lugar de trabajo y en la política. Lo femenino como la reproducción, la actividad doméstica en la esfera "privada", esto es el hogar) satisface la necesidad del capitalismo de rebajar continuamente los costos de la mano de obra y de tener un trabajo reproductivo no compensado. Asimismo se considera que el sistema de géneros es componente importante del sistema capitalista. Sus análisis se han extendido hasta los estudiosos interesados en el "desarrollo" del tercer mundo, donde se ha afirmado que los imperativos de la acumulación de capitales a menudo han introducido nuevas formas de la división sexual del trabajo, modificando seriamente las estructuras de la familia y las relaciones sociales.[16] La invisibilidad de las mujeres, según esta perspectiva, se debe a que la ideología de esferas separadas ha definido a las mujeres como seres exclusivamente "privados", negando así su capacidad de participar en la vida pública, política. Tan grande ha sido el poder de la ideología que aun cuando las mujeres trabajen o tengan una actuación política, sus actividades son definidas como "extraordinarias" o "anormales" y, por ello, ajenas al ámbito de la política "auténtica" o seria. La devaluación de las actividades de la mujer (como fuente de mano de obra barata en

[16] Véase por ejemplo A. Kuhn y A. Wolpe, *Feminism and materialism*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1978; S. Rowbotham, *Hidden from history*, Pluto Press, Londres, 1973; R. Coward, *Patriarchal precedents*, Routledge, Londres, 1983; y los siguientes números especiales de *Signs: women and national development, The labour of women: work and family*, 1979; *Development and the sexual division of labour*, 1981. Véase también: María Patricia Fernández Kelly, *Women in the maquiladoras*, s. e., 1984. Otros trabajos de M. Patricia Fernández Kelly son: "Chavalas de maquiladora: study of a female labour force in Ciudad Juárez. Offshore Production Plant", tesis doctoral, Routgers University, 1980; *Política de industrialización regional: maquiladoras y organización familiar*, Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México/Universidad de California, 1982; *For we are sold I and my people: women in industry in Mexico's frontier*, SUNY, Albany, 1983; "Las maquiladoras y las mujeres en Ciudad Juárez: paradojas de industrialización bajo el capitalismo integral", en Magadalena León (comp.), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, Bogotá, 1982, pp. 141-166; *Taller, trabajo e identidad*, Colegio de México/PIEM, 1985.

el mercado, y de trabajo libre en el hogar) devaluó también la visión de las mujeres como sujetos históricos y como agentes de cambio.

La obra de Lacan ha sido aprovechada por algunas historiadoras feministas debido a su énfasis en la importancia del lenguaje y las representaciones simbólicas, en la construcción de la identidad y subjetividad sexual. Dado que las representaciones simbólicas se desarrollan y emplean colectivamente, nos ofrecen una vía de acceso a los procesos inconscientes por los cuales los individuos se identifican con los grupos sociales, construyendo así las relaciones sociales. Por ejemplo, al analizar cómo el género aparece en el lenguaje político, los historiadores han encontrado modos de explicar la mayor participación de las mujeres en los movimientos sociales owenistas, o su exclusión de los sindicatos británicos en el siglo XIX. Basándose en las sugerencias de la teoría de Lacan, consideradas por las feministas (desarrolladas por Juliet Mitchell y Jacqueline Rose), algunos historiadores han empezado a analizar materiales del pasado como una manera de comprender cómo los términos de la diferencia sexual son expresados, adaptados, transformados y, a veces involuntariamente, reproducidos.[17]

Desde esta perspectiva podría afirmarse que la invisibilidad histórica de la mujer se debe a su asociación simbólica con falta y pérdida, con la amenaza planteada por la feminidad a la subjetividad masculina unificada, con el estatus de la mujer como "otra" en relación con el varón, privilegiado y poderoso, que ocupa el lugar central.

Para quienes han empleado los escritos de Foucault, también el lenguaje es un tema importante. Según Foucault las relaciones de poder están construidas por medio del "discurso", término que no sólo significa discusiones particulares, sino toda la tecnología de la organización e ideología asociada a la formulación de las ideas. En *La historia de la sexualidad*, Foucault sugiere que las relaciones de poder fueron construidas mediante el discurso de la sexualidad tal como surgió en el siglo XIX; basándose en el conocimiento (protegido por las disciplinas científicas) de autoridades médicas y psicológicas se definió la conducta normal y la anormal, elaborando los "significados" de la se-

[17] Juliet Mitchell, *Psychoanalysis and feminism*, Allen Lane, Londres, 1974; Juliet Mitchell y Jacqueline Rose, *Feminine sexuality: Jacques Lacan and the école freudienne*, Macmillan, Londres, 1982; Barbara Taylor, *Eve and the new Jerusalen*, Virago, Londres, 1983; Sally Alexander, "Women, class and sexual differences in the 1830 and 1840s". *History Workshop*, núm. 17, 1984.

xualidad y construyendo identidades sexuales humanas. A los historiadores de las mujeres esto los ha llevado a explorar la relación entre médicos (varones) y las pacientes, se ha tratado de comprender cómo cierta conducta femenina se resistió o se apropió de las definiciones médicas. Asimismo, se ha intentado comprender cómo otras relaciones de poder –por ejemplo las de clase– fueron formuladas con base en el género.[18]

De hecho, con el enfoque foucaultiano la cuestión de la invisibilidad de las mujeres en la historia se convierte en una cuestión de poder. Aunque las mujeres se han rebelado contra su impotencia en varios puntos de la historia, habitualmente han perdido la batalla por la igualdad (aun si han conquistado derechos políticos, legales o económicos). Como una extensión de su posición subordinada se les niega el estatus de actores históricos. En cambio los derechos que han ganado aparecen en la historia como derechos que les fueron otorgados por gobernantes, patronos o políticos benévolos. El discurso histórico que niega visibilidad a las mujeres perpetúa también su subordinación y su imagen de receptoras pasivas de las acciones de los demás. La historia, según esta interpretación, es parte de la política del sistema de géneros. Por ello, al escribir la historia de las mujeres se asume el estatus como estrategia política.

En este punto de la historiografía sobre las mujeres, no prevalece ninguna teoría o método. En realidad, este campo se caracteriza por un saludable eclecticismo que, a lo largo de los años, ha producido visiones innovadoras importantes. La tendencia, si realmente ha existido alguna, ha consistido en apartarse de la simple documentación sobre el protagonismo de las mujeres en favor de una preocupación por el género como categoría de análisis. Basándose en teorías sociales, lingüísticas y psicoanalíticas, los historiadores de las mujeres han empezado a expresar la necesidad de un método y de una teoría que sean declaradamente feministas; históricos en sus usos y concepciones y aplicables no sólo a la experiencia occidental sino también a la del resto del mundo. Sólo una labor comparativa pondrá a prueba la posibilidad de esa metodología unificada; para el futuro inmediato, parece más probable que la diversidad y variedad del método y la teoría continúen caracterizando este campo de estudio.

[18] Véase Jeffrey Weeks, *Sex, politics and society*, Longman, Londres, 1981; Biddy Martin, "Feminism, criticism and Foucault", en *New German Critique*, núm. 27, 1982.

Tópicos, temas y conceptualizaciones

La historia de las mujeres ha tocado casi todos los campos de la experiencia femenina en el pasado, pero algunos temas han surgido con mayor realce que otros. Éstos, de una manera o de otra, hablan de las preocupaciones del movimiento feminista contemporáneo. Los temas son: el trabajo, la familia, la política, el Estado y la ideología, incluyendo la enseñanza religiosa. A través de éstos corre un conjunto de problemas sobre las cuestiones de clase, etnicidad, sexualidad y representación simbólica. Además surge una pregunta acerca de cómo evaluar la condición de la mujer; ¿según qué medidas se puede juzgar la mejora o el deterioro? Tal vez la pregunta más difícil de todas sea si podemos hablar, históricamente, de una sola categoría de mujer.

El trabajo

Gran parte de la historia del trabajo de la mujer gira en torno a los intentos de evaluar la repercusión del capitalismo industrial sobre las sociedades occidentales (a partir del siglo XVIII). Aunque las opiniones están divididas sobre si la situación de las mujeres mejoró con la aparición de las fábricas, la maquinaria y los empleos de oficina, sí hay un consenso acerca de ciertas pautas. Por lo que se sabe, desde los tiempos más remotos, el trabajo se dividió siguiendo lineamientos sexuales. Los hombres realizaban cierto tipo de trabajo y las mujeres otro aun si la tipificación sexual variaba de un lugar a otro; incluso si el trabajo de los hombres en una región era practicado por las mujeres en otra. La llegada de la revolución industrial no acabó con la segregación sexual. Sin embargo, sí estableció distinciones más claras entre el trabajo y el hogar, suprimiendo de éste casi toda la actividad productiva. En el periodo industrial inicial, entre las familias de clase obrera también las mujeres se ganaban un salario. Las muchachas solteras, como ocurrió durante siglos, trabajaban como peones en los campos y como sirvientas domésticas. También trabajaban en el comercio de ropa y en las fábricas de productos textiles. Las ciudades que ofrecían empleo femenino (centros comerciales con demanda de sirvientas, poblados basados en textiles, centros de comercio de ropa y empleos eventuales y de servicio) solían atraer a las mujeres. A menudo, la población

de estas ciudades tenía porcentajes muy superiores de mujeres con respecto a la de hombres. También las mujeres casadas buscaban empleos en las fábricas textiles cuando sus familias necesitaban un mayor ingreso; pero era más probable que lo encontraran en diversos tipos de labores eventuales y en las faenas que podían realizarse en el hogar. Hasta donde se puede determinar, el trabajo de las mujeres casadas parece haber seguido una pauta irregular de incorporación a la fuerza laboral para llevar a su familia un ingreso necesario (cuando el marido estaba enfermo o desempleado, por ejemplo) o coincidir con el ingreso de sus hijos a la escuela, o bien al matrimonio.

En segundo lugar, los salarios pagados a las mujeres solían ser más bajos que los que pagaban a los hombres, ya que su labor requería menos preparación. Los patronos parecen haber previsto un cambio continuo en la fuerza de trabajo femenina; en parte, esa era la razón de que se pudiera contratar a las mujeres por tan bajos salarios. Asimismo, parece ser que los bajos salarios se relacionaban con un cálculo económico que siempre consideraba que las mujeres eran "dependientes naturales" de los hombres: un padre, marido o hermano. Según los economistas políticos del siglo XIX, no era necesario pagar a las mujeres un salario de subsistencia, porque su salario siempre era un complemento al ingreso del principal proveedor de la familia.[19] De hecho, este cálculo fomentó la dependencia en las mujeres que no podían depender, para su manutención, de sus salarios individuales. De este modo, el sistema económico del temprano capitalismo industrial ayudó a reproducir el "sistema de géneros", encarnado en la organización de la familia.[20]

En tercer lugar, las cuestiones a las que se enfrentaron las mujeres de clase media y las obreras durante el siglo XIX y el XX fueron muy distintas. Se las puede expresar como un contraste entre exclusión y explotación. Las mujeres de clase media buscaban una educación y el ingreso en empleos profesionales (como maestras, enfermeras, médicas, trabajadoras sociales, etc.); trataban de poner fin a su exclusión de todo trabajo significativo y asalariado, y de refutar la ideología que las consignaba exclusivamente a la maternidad y al hogar. Por su parte,

[19] Louise Tilly y Joan Scott, *Women, and family*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1978; Londres, Methuen, 1987.

[20] En Estados Unidos esta situación fue aún más difícil para las negras, durante la esclavitud y aun después de ella. Al respecto, véase Herbert Gutman, *The black family in slavery and freedom, 1750-1925*, Blackwell, Oxford, 1976; y Eugene Genovese, *Roll, Jordan, roll: the world the slaves made*, Pantheon, Nueva York, 1974.

las obreras eran fuente de fuerza de trabajo barata, y las condiciones de su familia las enviaban al mercado laboral. De ser casadas, llevaban la "doble carga" del hogar y del trabajo; de ser solteras, se enfrentaban a unos empleos inseguros y a la dificultad de mantenerse. Al desarrolarse durante el siglo XIX el movimiento sindicalista, su posición fue, si acaso, ambivalente hacia las mujeres. La cuestión de una legislación protectora para las obreras dividió a muchos grupos políticos, siguiendo lineamientos de clase y de género. Sin embargo, organizaciones como la Women's Trade Union League o el Women's Cooperative Guild, en Inglaterra, consiguieron un importante número de seguidoras. Las huelgas organizadas por obreras (especialmente en las fábricas de productos textiles y las tiendas de ropa) indican los objetivos perseguidos: los salarios, las condiciones de trabajo, la imparcialidad encuanto al trato en el empleo. Durante el cambio del siglo, los esfuerzos por poner fin a la opresión que sufrían las mujeres se canalizaron –por medio del Estado– hacia las siguientes demandas: una legislación que limitara las horas de trabajo, un seguro de maternidad y prestaciones a la familia.[21]

En las investigaciones del trabajo femenino se incluyen también consideraciones acerca del trabajo no remunerado en el hogar. En su mayoría los historiadores han tratado de refutar el argumento de que la mecanización del trabajo doméstico a comienzos del siglo XX liberó de algunas tareas a las mujeres. En este análisis hay que introducir importantes diferencias de clase y, al hacerlo, se hace evidente que los aparatos que pretendían ahorrar trabajo fueron creados para remplazar a las sirvientas en los hogares de clase media. Las mujeres pobres, que las más de las veces ingresaban en la fuerza de trabajo, se beneficiaron poco de estos inventos. Además, hasta las mujeres que podían darse el lujo de adquirirlos acabaron pasando más tiempo que antes en el hogar, limpiando y lavando. La revolución industrial en el hogar acabó aumentando la dependencia hacia éste por parte de las mujeres de clase media.[22]

[21] Acerca del trabajo sobre la clase media, véase Lee Holcombe, *Victorian ladies at work*, Archon Books, Hamden, 1978; sobre el trabajo en Francia, véase el importante ensayo bibliográfico de M. Guilbert, N. Lowit y M-H. y Z. Iberg-Hocquart, *Travail et condition feminine*, Editions de la Courtille, París, 1977; para Estados Unidos, véase Alice Kessler-Harris, *Out to work: a history of wage-earning women in the Unites States*, Oxford Univesity Press, Oxford, 1982. Se presentan varias interpretaciones en A. Amsden, *The economics of women and work*, Penguin, Harmondsworth, 1980.

[22] Ruth Schwartz Cowan, *More work for mother*, Basic Books, Nueva York, 1983;

LA FAMILIA

Los estudios de la familia cubren una vasta gama, que se extiende desde la "economía familiar" de los obreros hasta la organización doméstica de la clase media. Se incluyen temas como: producción, fertilidad, contracepción, cría de los hijos y sexualidad. En realidad, en ciertas obras se considera a la familia como sinónimo de la "esfera privada", el área de actividad y de relaciones que de algún modo queda fuera de toda actividad mercantil y política.[23] Pero esta obra es representativa de un sólo enfoque en el estudio de las mujeres y de la familia. Otro enfoque rechaza el término de "privado" y afirma en cambio que la familia es una institución social y pública, conectada integralmente con la vida económica y política. Desde esta segunda perspectiva, el tratamiento de la familia como algo separado de otros tipos de relaciones sociales simplemente viene a perpetuar la "ideología de la domesticidad" que surgió, en su forma occidental, junto con el capitalismo industrial. Además, promueve la invisibilidad de las mujeres como trabajadoras, pues tiende a estudiarlas tan sólo en su ubicación doméstica, y pasa por alto la existencia y la experiencia de las mujeres solteras que, en todo momento, han constituido una parte considerable de la población femenina.[24]

Tal vez no sea casualidad que la mayor parte de los estudios de la familia de clase obrera adopten el segundo enfoque, insistiendo en la relación que existe entre el trabajo disponible y los papeles familiares. En las familias de clase obrera, antes y después de la revolución industrial, las mujeres ganaban un salario y adaptaban sus pautas de trabajo a la cría de los hijos y a las necesidades monetarias de la familia. La "economía familiar" fue una clara demostración de las interconexiones entre trabajo asalariado y estructura del hogar; de hecho, el salario (obtenido por los miembros de la familia que hicieran falta) parece haber sido el nexo entre el trabajo y la familia. Resulta difícil explicar lo que ocurrió en la llamada esfera "privada" sin invocar las influencias de la economía: empleos disponibles, periodos de desempleo, tasas salariales, etcétera.

y Susan Strasser, *Never done: a history of american housework*, Pantheon, Nueva York, 1982.

[23] Un ejemplo es Bonnie Smith, *Ladies of the leisure class: the bourgeoises of northern France in the nineteenth century*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

[24] A. Farge y C. Klapisch-Zuber, *Madame ou mademoiselle? itineraires de la solitude feminine, 18-20e siècles*, Montalba, París, 1984.

El primer enfoque suele asociarse a los escritos de historiadores acerca de la familia de clase media, cuya organización y división de tareas se aproximaban más a las normas prescriptivas. Donde las presiones económicas eran menos acuciantes las mujeres y niños no estaban obligados ganarse un salario. En cambio, recibía mayor atención el papel de las mujeres como administradoras del hogar y como madres. Los historiadores que estudian este tema han ofrecido muy diferentes interpretaciones a esto. Algunos sugieren que el énfasis en la maternidad representó una devaluación del estatus de las mujeres, una definición restrictiva de sus posibilidades. Ésta fue una de las críticas realizadas por las feministas del siglo XIX.[25] Recientemente, también se ha sugerido que ese énfasis en el papel doméstico de las mujeres elevaba su estatus y equivalía a un trabajo especializado basado en el sexo. Ciertamente, este conocimiento fue invocado por las feministas del siglo XIX cuando afirmaban que las mujeres deberían desempeñar un papel en el gobierno.[26] Pero en este debate, al igual que en otros terrenos de la historia de las mujeres, el significado de estatus no se encuentra adecuadamente definido.

Al estudiar a las mujeres de clase media tan sólo en el marco de la familia, en lugar de cuestionarse las condiciones de la ideología de esferas separadas, éstas quedan perpetuadas. Además, es difícil decidir si estos papeles ejercieron verdaderamente algún influjo (¿influencia sobre quién? Sin duda sobre hijos y sirvientas, sobre los maridos en cuestiones domésticas pero, ¿y en otras partes?) y cuál fue la fuente última de la influencia (al tratar con las clases bajas, ¿cómo pesó la experiencia de las mujeres en relación a posiciones de riqueza y de clase?). Más prometedor parece ser el aplicar algunas de las ideas de Pierre Bourdieu acerca de la reproducción cultural al papel de las mujeres en las familias de clase media en la Europa occidental del siglo XIX. Los análisis de Bourdieu (de otras instituciones, aparte de la familia) parecen indicar que la socialización y la educación informal –la reproducción de los valores, normas y estilos de la clase media– acaso fuesen resultado de las actividades domésticas de las mujeres. Desde

[25] Barbara Welter, "The cult of true womanhood", en *American Quarterly*, núm. 18, 1966.

[26] L. Stone, *The family, sex and marriage*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1977; E.C. DuBois, *Feminism and suffrage: The emergence of an independent women's movement in America, 1848-69*, Cornell University Press, Ithaca, 1978; M. Albistur y D. Armogathe, *Histoire de feminisme français*, Editions de Femmes, París, 1977.

este punto de vista, la reproducción social y cultural es el papel de la mujer; por lo tanto, su posición en la familia debe ser analizada de acuerdo con la dinámica de la formación de clase media: tema eminentemente público y político aunque en términos ideológicos se le niegue ese estatus.

Bajo la rúbrica de historia de la familia, la reproducción ha recibido gran atención, las dimensiones de la familia diferían por clase durante los siglos XVIII y XIX. En comparación con periodos anteriores en que los ricos tenían más hijos y los pobres menos, la llegada de la industrialización modificó esta pauta. Al parecer, el control de la natalidad surgió primero entre las familias que aspiraban a la riqueza (si es que no eran ya ricas);[27] las tasas de nacimiento de los pobres de las ciudades (urbanos y labradores) que tanto habían alarmado a Malthus siguieron en ascenso durante casi todo el siglo XIX. La mayor parte del trabajo efectuado en la demografía histórica se enfoca hacia la "transición demográfica" y sus causas, y no al efecto de la alta fertilidad sobre las vidas de las mujeres de la clase obrera. (Algunos estudios sí parecen sugerir tasas menores de natalidad en los pueblos textiles, implicando o deduciendo un nexo entre el trabajo asalariado de las mujeres y su autonomía sexual, y en algunos estudios se ha discutido la oposición de los trabajadores [varones] organizados a la sugerencia de que el control de la natalidad eliminaría la pobreza.) La mayor parte de la historia de las mujeres que trata de la fertilidad y la contracepción se enfoca hacia la clase media. Existe un consenso general entre investigadores norteamericanos, al menos, en que el uso de la contracepción mostró la resolución de las mujeres por controlar sus cuerpos. En contraste con los sociólogos ingleses, James y Olive Banks, quienes argumentan que las motivaciones económicas para aplicar el control de la natalidad (entre las familias inglesas de clase media, después de 1876) implican una decisión masculina; las feministas insisten en que la contracepción implica la autonomía femenina. Los debates de las feministas acerca de la contracepción en el siglo XIX parecen haber sido muy caldeados; algunas argüían que su uso conduciría a una mayor explotación de las mujeres por los hombres, y otras (a comienzos del siglo XX) insistían en que ahora el goce sexual sería una posibilidad abierta a las mujeres

[27] Para un resumen de esta bibliografía, véase E. A. Wrigley, *Population and history*, McGraw Hill, Nueva York, 1976. Véase también Philippe Aries, *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le 18 siècle*, Editions du Seuil, París, 1971.

al no tener que preocuparse por el embarazo. La forma en que estos debates figuraron en los movimientos por los derechos de las mujeres, por una parte, y en el tipo de experiencia familiar, por otra, aún no ha recibido la atención histórica que merece.[28]

El énfasis que se ha prestado a las mujeres en la esfera "privada" ha producido interesantes descubrimientos acerca de los nexos sociales entre mujeres. Éstos se han formado en torno a actividades compartidas; estos nexos han llegado a ser la base de ciertos movimientos colectivos de mujeres,[29] y de lo que un historiador, refiriéndose a las mujeres de clase media en Estados Unidos del siglo XIX, ha llamado nexos o redes "homosociales".[30]

Entre las mujeres de clase media, tales redes se desarrollan a partir de intereses compartidos, y del tiempo compartido cuidando a los hijos, atendiendo a los enfermos y preparando las ocasiones sociales de rigor. De manera similar, entre las mujeres pobres, fuesen rurales o urbanas, las preocupaciones y actividades compartidas –la compra en el mercado, los partos, el cuidado de los enfermos, el lavado de la ropa en lavaderos comunales–, desarrollaron redes de información y de apoyo mutuo. La documentación sobre la existencia de estas redes parece indicar que las mujeres sí compartieron unas identidades comunes y que actuaron basándose en ellas para reforzar su influencia o para apoyar las decisiones de unas y otras. A nivel personal y político, tal apoyo dio a las mujeres un papel que por lo demás se les negaba. Sin embargo, en la medida en que estas redes y las acciones que de ellas se siguieron no desafiaron las opiniones predominantes sobre las mujeres, su existencia pudo seguirse pasando por alto, tanto por contemporáneos como por historiadores.

La política y el Estado

Bajo este rubro, los historiadores de las mujeres han estudiado al menos tres cuestiones distintas: *a*) la participación de las mujeres en movi-

[28] J. y O. Banks, *Feminism and family planning in victorian England*, Schoken, Nueva York, 1972; Linda Gordon, *Women's body, women's right. A social history of birth control in America*, Penguin, Nueva York, 1977.

[29] Temma Kaplan, "Female consciousness and collective action: the case of Barcelona, 1910-18", *Signs*, núm. 7, 1982.

[30] Carroll Smith-Rosenberg, "The female world of love and ritual", *Signs*, núm. 1, 1975.

mientos políticos generales (revoluciones, guerras, movimientos y partidos políticos); *b)* la formación de grupos políticos específicamente femeninos, dedicados a favorecer algún programa común para todas las mujeres o para algún grupo particular de ellas, y *c)* la relación existente entre la posición política y legal de las mujeres y la forma, organización o propósitos declarados del Estado.

Las mujeres en los movimientos políticos generales

Quienes han documentado la participación de las mujeres en acontecimientos como la revolución francesa están dedicados, desde luego, a hacer más visible el pasado público de las mujeres. Simplemente, el demostrar que las mujeres participaron constituye ya una tarea importante. Además, estas historias han presentado información que nos revela algo acerca de las pautas de participación, los momentos de intensa y difundida presencia femenina y los momentos en que su actuación fue menor. La participación de las mujeres en movimientos políticos –los motines del pan, la militancia de los *sans-culottes* en París en 1789, la contrarrevolución en Francia durante el decenio de 1790, el owenismo, el sansimonismo, el cartismo, el socialismo– aparece unida, a la vez, a la naturaleza de la actividad basada en la comunidad e ideas expresadas en términos "femeninos". Por ello, Barbara Taylor relaciona el énfasis hecho por algunos owenistas en cuanto a los nexos afectivos armoniosos, la complementariedad expresada como la unión de los opuestos –masculino y femenino– con la mayor presencia de mujeres en dichos movimientos. Dorothy Thompson relaciona la reducción numérica de las mujeres en el cartismo con la forma cada vez más centralizada y nacionalista de la organización. En contraste, entre los primeros cartistas que desarrollaron un movimiento basado en la comunidad y dirigencia local, hubo una extensa participación femenina. Durante las revoluciones francesas de 1789 y 1848, hubo mujeres que se encontraron en las barricadas, en los motines y en organizaciones políticas. Por otra parte, en los ejemplos británicos ulteriores, las cuestiones comunitarias, la organización local y la retórica democrática acerca de la necesidad de representar todos los intereses obtuvieron una impresionante respuesta de las mujeres. Sin embargo, en estas revoluciones la participación de las mujeres acabó por ser terminantemente prohibida por edictos del gobierno (proclamados

en octubre de 1793 y en julio de 1848). En ambos ejemplos, el ataque a las mujeres en la política se asoció con una mayor severidad por parte de la autoridad política: en 1793, los jacobinos trataron de eliminar toda oposición a su gobierno, cada vez más centralizado; en 1848, un gobierno de emergencia se propuso restaurar el orden después de la insurreción de junio. Bien puede ser que estas actividades de las mujeres se perdieran de vista por causa de ulteriores acontecimientos que pusieron fin a su participación en la política. La última fase del cartismo acaso definiera retrospectivamente para sus líderes (y los historiadores) su fase anterior. En el caso de la revolución francesa, el edicto que prohibió los clubes de mujeres fue presentado en apoyo a una división social del trabajo que, siguiendo a Rousseau, afirmaba que sólo los hombres eran aptos para la política; el lugar de las mujeres era el hogar. De esta forma, por definición jurídica, las mujeres no eran actores públicos; y fueron expulsadas de la política contemporánea y de la historia.[31]

Durante el siglo XIX las mujeres participaron en los movimientos sindicalista y socialista, aunque no sin dificultades. Pese a que la situación difiriera de un país a otro (esto en función de marcos históricos específicos), surgieron pautas similares. Los sindicatos se mostraron ambivalentes, en el mejor de los casos, cuando se trató de organizar a las mujeres. En realidad, parte de la mejor función organizativa se realizó en sindicatos femeninos. Existen algunos ejemplos de sindicatos mixtos, pero la pauta más común fue la que condujo a la marginalización de las mujeres de todos los puestos de importancia y afiliación sindical. Las federaciones nacionales de sindicatos reconocieron, de dientes para afuera, la necesidad de conquistar escalas de pago equitativas para las mujeres, pero también apoyaron el objetivo de sacar del mercado laboral a las mujeres, cuando esto fuera posible.[32] Me parece que esto no sólo se relacionó con las evaluaciones de la repercusión de los salarios de las mujeres sobre las escalas de paga de los hombres, sino

[31] Barbara Taylor, *Eve and the new Jerusalem, op. cit.*; D. Thompson, "Women and 19th century politics: a lost dimension", en Juliet Mitchell y Ann Oakley (comps.), (?) Penguin, Harmondsworth, 1976; Levy y Applewhite, *Women in revolutionary Paris, op. cit.*; Olwen Hufton, "The reconstruction of a church 1796-1801", en G. Lewis y C. Lucas (comps.), *Beyond the terror: essays in french regional and social history 1794-1815*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

[32] M. Guilbert, *Les femmes et l'organisation syndicale avant 1914*, Centre Nationale de la Recherche Scientifique, París, 1966; Sheila Lewenhak, *Women and trade unions*, E. Benn, Londres, 1977.

también con la orientación predominantemente masculina dentro de los movimientos laborales organizados.

A finales del siglo XIX, los partidos socialistas tenían ya antecedentes muy diversos en materia de participación femenina, aunque todos intentaban reclutar mujeres. Diferentes estructuras organizativas lograron, más o menos, mantener la participación femenina: en Alemania, grupos separados dentro del SDP obtuvieron una numerosa y activa participación femenina, mientras que en Francia la absorción de tales grupos por el número general de miembros hizo perder números y líderes potenciales.[33] Al participar cada vez más los partidos socialistas en la política electoral, prestaron atención a los votantes: los cuales, en este periodo anterior a 1914, eran varones.

Otro tipo de participación de las mujeres en política llegó con la movilización directa por parte del Estado. Durante la primera y la segunda guerra mundial, los gobiernos norteamericano, francés e inglés pidieron a las mujeres trabajar en el "frente interno", en las industrias de municiones y otros trabajos relacionados con el esfuerzo bélico. Las mujeres fueron también alistadas en todo tipo de oficinas y servicios del gobierno. A las mujeres que trabajaban se les ofrecieron guarderías infantiles diurnas, así como otros incentivos. También en la Alemania nazi hubo una movilización de las mujeres por el gobierno, cuando se formaron organizaciones femeninas para apoyar y aplicar medidas políticas destinadas a quitar el voto a las mujeres, a alentarlas a la cría de hijos y, en general, a cumplir con los "tradicionales" papeles femeninos. Fuese al servicio de la democracia o del fascismo, los gobiernos del siglo XX han logrado alistar a las mujeres en actividades políticas públicas. Tal vez las definiciones finales de la naturaleza de esta actividad –en las democracias fue sólo "por la duración" de la guerra, para los nazis fue una extensión del deber tradicional de la mujer–, la puso al margen de los relatos históricos de este periodo. Tal vez porque las mujeres respondieron al llamado del Estado, no se les ve como sujetos históricos, sino como objetos de la política oficial y, por ello, al margen de las principales preocupaciones de la historia.[34]

[33] C. Sowerwine, *Sisters or citizens? Women and socialism in France since 1876*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

[34] L. Rupp, *Mobilizing women for war*, Princeton University Press, Princeton, 1978; C. Koontz, "Nazi women before emancipation", *Social Science Quarterly*, núm. 56, 1976; T. Mason, "Women in nazi Germany", *History Workshop*, núms. 1 y 2, 1976.

La formación de grupos políticos femeninos

La formación de grupos de discusión en torno a asuntos sobre mujeres se desarrolló en el marco general del interés surgido en grupos políticos a mediados del siglo XIX. Influidas por las ideas sobre los derechos individuales, de expresión y de representación de grupos definidos, las mujeres trataron de influir sobre los patronos, las instituciones educativas, las profesiones y los políticos para poner en vigor unas políticas favorables al desarrollo y el avance de la mujer.[35] Es interesante que al parecer hubiese cierta diferencia en algunas de estas áreas en la experiencia de las mujeres entre los países protestantes y los católicos. En los países protestantes como Inglaterra y Estados Unidos, las tradiciones de voluntariado y de acción individual en favor de cuestiones morales motivaron a las mujeres a organizarse para promover la moderación en el consumo de bebidas alcohólicas, la abolición de la esclavitud, el fin a la doble moral sexual, y el sufragio femenino.[36] En contraste, el catolicismo ofreció canales institucionales y supervisión por parte de los clérigos a los impulsos morales o caritativos. No sólo las actividades reformistas sino también los movimientos sufragistas solieron ser más débiles en los países católicos.[37]

En muchos casos, hubo una clara conexión entre quienes participaban en los movimientos de reforma moral y en las campañas sufragistas. Por ejemplo, la experiencia práctica obtenida en Inglaterra por las seguidoras de Josephine Butler en la campaña para derogar las Leyes de Enfermedades Contagiosas (de fines del decenio de 1860 hasta el de 1880) fue aprovechada por los movimientos sufragistas. Además, las mujeres llegaron a convencerse de que el único modo de bloquear una legislación que autorizaba la doble moral sexual era por medio de la obtención del voto como forma para acceder ellas mismas a la aprobación o no de leyes.

Los movimientos sufragistas organizados encontraron muchas seguidoras en Inglaterra y Estados Unidos, aunque menos en Francia.

[35] L. Tilly, "Women and collective action", en D. McGuigan (comp.), *The role of women in conflict and peace*, University of Michigan, Center of Continuing Education of Women, Michigan, 1977.

[36] R. Evans, *The feminists*, Croom Helm, Londres, 1979; J. Walkowitz, *Prostitution and victorian society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.

[37] S. Hause, *Women's suffrage in France*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

Si bien las sufragistas eran, en su mayoría, de clase media, también se desarrolló una considerable participación por parte de las obreras. Cuando las líderes sufragistas apelaron a las mujeres trabajadoras en Inglaterra, por ejemplo, encontraron apoyo en áreas que tradicionalmente tenían una numerosa participación de las mujeres en los sindicatos, y una fuerte representación en el Partido Laborista.[38] Las trabajadoras solieron dividir el movimiento de acuerdo con los intereses generales de su clase para obtener una mayor representación política y apoyaron a quienes expresaban esta posición. Otras facciones del movimiento sufragista inglés optaron por una estrategia separatista pero no encontraron apoyo en las mujeres de la clase trabajadora.

El interés de las trabajadoras de Inglaterra por el voto coincidió con otras actividades organizadas que planteaban al Estado. De hecho, a finales del siglo XIX se desarrollaron también en otros países grupos de mujeres que exigían una legislación protectora (alternativa, tal vez, a las presiones sindicales), seguro de maternidad, de salud y prestaciones de beneficencia. Es posible que la mayor atención prestada por el gobierno a la población y a la guerra, y la prestación de servicios de asistencia creara el marco en que las mujeres dirigieron sus demandas al Estado. También es posible que la ideología democrática se volviera cada vez más estatista durante este periodo. Además, los movimientos sufragistas dirigieron la atención de las mujeres al papel del Estado, encauzando su actividad hacia fines legislativos. Todas estas razones aún tienen que elucidarse, pero su desarrollo es claro: a finales del siglo XIX, las mujeres trataban de poner remedio a varias de sus inconformidades por medio de la acción gubernamental.

Las mujeres y el Estado

El desarrollo del Estado-nación no mejoró inicialmente la posición de las mujeres; de hecho, parece que existen cada vez más testimonios que muestran que el surgimiento de estructuras centralizadas y formales de gobierno disminuyeron el acceso informal de las mujeres al poder político. Al parecer, las sociedades aristocráticas y cortesanas sí habían concedido mayor influencia a las mujeres de la elite que las ciudades-

[38] J. Liddington y J. Norris, *One hand tied behind us: the rise of the women's suffrage movement*, Virago, Londres, 1978.

Estado o las formas representativas de gobierno. Las revoluciones democráticas del siglo XVIII bloquearon de hecho el paso de las mujeres a la ciudadanía.[39] Las revoluciones socialistas y socialdemócratas del siglo XX, en cambio, dieron a las mujeres pleno derecho al voto.[40]

Las demandas de derechos políticos para las mujeres se desarrollaron junto con las ideas acerca de los derechos y las libertades naturales. En realidad, la ideología de la libertad individual –la idea de que todos los "hombres" nacen con igualdad de derechos– motivó la acción política de las mujeres tanto como la de los hombres. Al insistir en que a pesar de las diferencias físicas las mujeres eran iguales, las feministas plantearon un desafío a las ideologías democráticas de los derechos individuales. Aún hay que profundizar en los términos de la resistencia a esta reclamación; pues al analizar cómo y por qué las ideas de diferencia sexual fueron empleadas para rechazar las peticiones de las feministas, tal vez podamos empezar a comprender la relación existente entre las ideologías democrática y de género.

Otro aspecto de la relación de las mujeres con el Estado se relaciona con el interés de éste en las mujeres. Además de las leyes que regulaban la propiedad y la representación jurídica (leyes que en su mayor parte protegían a la familia, y no el interés de las mujeres) empezó a surgir, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, una legislación que protegía a la mujer en interés de la sociedad y del Estado. De este modo, varias políticas pronatales se basaron en la idea de que el Estado tenía el derecho de regular a las mujeres, ya que éstas producían a los futuros ciudadanos. Muchas de estas medidas políticas subrayaban el papel reproductor de la mujer como su principal obligación hacia la sociedad. En ciertos periodos (por ejemplo, después de una guerra) la política estatal favoreció a las familias numerosas, recompensando a las mujeres que las tuviesen y castigando a quienes se valieran de la contracepción o recurrieran al aborto. El papel del Estado –al fijar una política "familiar" y definiendo así los géneros– forma parte de un terreno importante que requiere de una mayor investigación histórica.[41]

[39] J. McNamara y S. Wemple, "The power of women through the family in medieval England", en M. Hartmann y L. Banner (comps.), *Clio's consciousness raised*, Harper & Row, Nueva York, 1974; C. Lougée, *Le paradis des femmes*, Princeton University Press, Princeton, 1976; Levy y Applewhite, *Women in revolutionary Paris*, *op. cit.*; Kerber, *Women of the republic*, *op. cit.*

[40] Sites, *Women's liberation in Russia*, *op. cit.*; J. Quataert, *Reluctant feminists in german social democracy, 1885-1917*, Princeton University Press, Princeton, 1979.

[41] D. Riley, *War in the nursery*, Virago, Londres, 1983.

LA IDEOLOGÍA

El análisis en torno a la "ideología" ha pasado por un desarrollo importante entre los historiadores de la mujer. A partir de una noción sencilla de las ideas como "reflejo" de la realidad, los historiadores han tratado de documentar la opresión sufrida por las mujeres citando la literatura prescriptiva acerca de ellas.[42] Aunque esta literatura ha cambiado con el tiempo, parece asignar, típicamente, a las mujeres un estatus inferior al de los hombres. Las condiciones de inferioridad o subordinación femenina han diferido, pero tales nociones parecen repetirse regularmente en el pensamiento occidental. Pero ¿qué significan?

Como respuesta al énfasis que se dio inicialmente en torno a las ideas sobre las mujeres, algunos historiadores han insistido en contemplar la "realidad". Se sugirió que al observar a las mujeres al trabajar o al ejercer, las versiones en cuanto a su pasividad y dependencia resultaban falsas; al contraponer la experiencia real a visiones idealizadas. Sobre todo entre cierto número de historiadores sociales, el intento de documentar la experiencia real en oposición a la experiencia idealizada incluyó el analizar las actividades cotidianas de varias clases de mujeres en el pasado.[43]

Recientemente, se ha ofrecido un análisis más complicado que sugiere que las ideas acerca de las diferencias entre los sexos a la vez determinan la definición y percepción de las "experiencias" y son afectadas por dicha "experiencia". Las nociones culturales más generales del varón y de la hembra suelen adaptarse a circunstancias particulares. Existe variación por clase, por filiación étnica y religiosa en la forma en que se interpretan las diferencias sexuales y, sin embargo, también existen temas reconocibles que parecen caracterizar el pensamiento occidental. Estos temas suelen expresarse en términos binarios: de este modo, el hombre y la mujer son interpretados a través de una serie de oposiciones ricas en variedad, simbolismo y posibilidades interpretativas.[44] La mujer es al hombre lo que lo húmedo es a lo seco, lo débil a lo fuerte, la pasión a la razón, la superstición a la ciencia, el

[42] Barbara Welter, "The cult", *loc. cit.*

[43] Entre los muchos ejemplos se encuentra P. Branca, "The myth of the idle victorian woman", en Hartmann y Banner (comps.), *Clio's, op. cit.*

[44] N. Z. Davis, "Women's history in transition: the european case", en *Feminist Studies*, núm. 3, 1976, y "Women on top", en *Society and culture in early modern France*, Duckworth, Londres, 1975.

bien al mal, el mal al bien, la falta de pasión a la sexualidad, la naturaleza a la cultura, el hogar al trabajo, lo pasivo a lo activo, la reproducción a la producción, lo espiritual a lo material, lo doméstico a lo público, lo dependiente a lo independiente, la comunidad al individuo, la impotencia a lo poderoso. Estos temas han aparecido en diversas formulaciones, en diferentes periodos y entre distintos grupos sociales. El pensamiento científico y secular de la Ilustración trajo consigo variaciones y transformaciones de antiguos temas religiosos (en que Eva y María constituían los dos polos de la conducta femenina). Pero las imágenes religiosas no desaparecieron por completo. En cambio, ocurrieron modificaciones y transmutaciones en las representaciones simbólicas y en el modo en que la gente actuaba de acuerdo con sus creencias.

Cómo y por qué cambian las ideas; cómo se imponen las ideologías, cómo tales ideas fijan los límites de la conducta y definen el significado de la experiencia: tales son las preguntas a las que se enfrentan los historiadores de la mujer. En esta búsqueda se les unen otros investigadores que se enfrentan a estas mismas preguntas desde diversas perspectivas. Lo que los historiadores de las mujeres añaden a la discusión es una preocupación por el género; cómo se definen discursivamente los términos de la diferencia sexual; cómo difieren para mujeres y para hombres; cómo se transforman e imponen; y por último, cómo se los reproduce. Si durante los dos últimos siglos la historia ha ocupado un lugar importante en la interpretación del conocimiento acerca de la diferencia sexual, entonces tal vez sea en el examen de la historia como parte de la "política" de la representación de los géneros donde encontremos la respuesta a la pregunta de la invisibilidad de las mujeres en la historia escrita en el pasado.